

ganza de Dios (*Ibid.* 21.). Un padre de familias, les dixo, arrendó su viña á ciertos labradores: llegado el tiempo de recoger los frutos, envió sus criados á los renteros para que recogieran los frutos de su viña; pero éstos, apoderándose de los criados, al uno le diéron de golpes, al otro le matáron, y á los demas les ahuyentáron á pedradas. Envió todavía otros en mayor número que los primeros, los que no fuéron mas bien tratados: visto esto, les envió su propio hijo, diciendo: Quizá tendrán respeto á mi hijo único; pero al verle los renteros, dixeron entre sí: Este es el heredero; venid, matémosle, y nos quedarémos con la viña; prendiéndole, le echáron fuera de la viña, y allí le mataron. Cuando venga el señor de la viña, preguntó Jesus á los judíos; ¿qué hará con tales renteros? Respondiéronle: Les hará perecer miserablemente, y arrendará su viña á otros renteros que le paguen los frutos á sus tiempos. Los fariseos, que estaban presentes, conocieron demasiado que esta parábola hablaba con toda la nacion: comprendiéron asimismo que los gefes del pueblo, los escribas, los fariseos, y los sacerdotes eran estos malos renteros, á quienes el Señor habia confiado el cuidado de su viña: que los criados que el padre de familias habia enviado en diferentes tiempos, eran los profetas, á muchos de los cuales les habian dado la muerte; y que el hijo del padre de familias era el mismo Jesus, á quien habian jurado perder. Lejos de aprovecharse los judíos de esta leccion alegórica buscaron cómo echarle la mano; pero temiéron al pueblo, el cual le miraba por lo ménos como el mayor de los profetas. Nada omitiéron desde entonces para ver cómo le podian poner mal con el pueblo ó con el gobierno: por todas partes y de todos modos le armaban lazos; preguntáronle en cierta ocasion si era lícito pagar el tributo al César. Viendo Jesus su malignidad, les dixo: Hipócritas, ¿por qué me quereis sorprender por medio de una pregunta tan capciosa? Mostradme una pieza de moneda y habiéndosela mostrado, les preguntó Jesus, de quién era la figura, y el nombre que estaba escrito alrededor de la figura; Del César, le respondiéron. Díxoles entonces Jesus: Dad, pues, al César lo que es del César, y á Dios lo que es de Dios; y así cumpliréis con las leyes de la justicia, y con lo que debéis á entrambos (*Matth.* 22.).

§. XXXV.

Mansedumbre de Jesucristo con la muger adúltera, y malicia de los judíos para hacerle odioso.

Habiendo echado en falso este lazo, le armáron otro. Como su designio era hacerle odioso, y convencerle de ambicion, quisieron llevarle maliciosamente á hacer un acto de autoridad, que hubiera ofendido á todo el sanhedrin ó gran consejo de los judíos, y á Jesucristo le hubiera hecho en su opinion un reo de estado, lo que no hubiera dexado de atraerle la indignacion del pueblo (*Joan.* 8.). Estando Jesus un dia en el átrio del templo, los escribas, de concierto con los fariseos, le llevaron una muger adúltera que habia sido cogida en adulterio; y habiéndola puesto en medio del congreso, dixéron al Salvador: Maestro, se acaba de coger esta muger en adulterio: Moyses, como tú sabes, nos mandó en la ley que la apedreásemos: ¿qué dices tú sobre esto? Hacíanle esta pregunta, tratándole para poderle acusar, añade el Evangelista; pero Jesus en lugar de responder, inclinóse, y se puso á escribir con el dedo en la tierra. Se cree que lo que el Salvador escribia sobre el polvo, insinuaba á los acusadores de la muger adúltera alguna cosa que debia hacerlos avergonzar, y en que ellos mismos se hallaban reos. Perseverando los escribas y fariseos en su pregunta, enderezóse Jesus, y les dixo: El que de vosotros esté sin pecado, tírela el primero la piedra; é inclinándose otra vez, continuó en escribir en la tierra. Guardáronse muy bien los acusadores de replicar: sin duda quedáron tan corridos y avergonzados al ver lo que Jesus escribia, y confundidos por los remordimientos de su propia conciencia, que se saliéron todos sin decir palabra uno despues de otro, empezando por los mas ancianos; de suerte, que no quedáron sino Jesus y la muger que estaba en medio de la gente. Levantándose entonces Jesus, la dixo: Muguer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te ha condenado? Ninguno, Señor, respondió élla. Entonces el Salvador, conociendo

la viva contrición que tenía de su pecado, la dixo: Ni yo te condenaré; vete, y no vuelvas á pecar mas. ¡O, y como esta conducta suave y caritativa del Salvador es una bella lección para esos duros y severos presumidos de doctores que quieren siempre hacer baxar fuego del cielo sobre la cabeza del pecador, y que ligan cargas tan pesadas que no se pueden llevar; y las ponen sobre los hombros de los otros, al paso que ellos no quieren ni aun tocarlas con la punta del dedo! Cuando la pasión nos hace obrar, no nos acobardamos tan fácilmente. Los escribas y fariseos habian sido abochornados por el Salvador; no importa, vuelven todavía á la carga, y le preguntan maliciosamente á vista de una infinidad de gente, si le era permitido á un hombre divorciarse, ó repudiar á su muger por cualquier motivo. El Salvador les responde que el matrimonio era indisoluble atendida su institución, y que un hombre no podia repudiar á su muger, fuera de en caso de adulterio; y tomando de aquí ocasión para hablarles del mérito de la castidad, ensalzó el precio, la hermosura y las admirables ventajas de esta incomparable virtud, poco conocida, y aun ménos estimada de los judíos; pero que sería bien presto amada y cultivada por los que seguirían su doctrina: no todos añadió Jesus, comprenden este moral; el hombre animal halla poco gusto en las verdades puramente espirituales: la castidad es un don de Dios; dichosos los que recibieren este don, y le conservaren toda su vida: el que puede comprender esto, añadió, comprendalo; queriendo dar á entender con este modo de hablar, que la castidad no era de precepto, sino solo un consejo, del cual los hombres carnales eran poco capaces.

Estando en esto, se le acercó un jóven, y le dixo (*Matth.* 19.): Buen Maestro, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna? Guarda los mandamientos, le respondió el Salvador. ¿Y cuales son éstos? replicó el jóven. No matarás, le dixo Jesus, no cometerás adulterio, no hurtarás, no levantarás falso testimonio, honra á tu padre y madre; y á mas de esto, ama á tu próximo como á ti mismo, y ya sabrás cuánto debes amar á Dios. Todos estos preceptos, respondió el mancebo, los he guardado desde mi juventud; ¿qué me falta todavía pa-

ra ser perfecto? Si quieres ser perfecto, le dixo Jesus anda, vende lo que tienes, y dalo á los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; despues de lo cual ven, y sígueme. En esto hacia el Salvador el retrato del estado religioso, el cual debía ser uno de los preciosos ornamentos de su Iglesia. Habiendo oido el jóven estas palabras, se fué muy triste, porque poseía grandes riquezas, tan difícil le pareció este sacrificio. Al ver esto, dixo Jesus á sus discípulos: En verdad os digo, que con dificultad entrará un rico en el cielo: mas fácil es que un camello pase por el ojo de una aguja, que el que un rico entre en el reyno de los cielos: era este un proverbio comun entre los judíos, y lo mismo decían de un elefante, para significar que una cosa era naturalmente imposible, ó extraordinariamente difícil. Una proposición como ésta aturdió á los discípulos tanto, que dixéron: ¿Quién podrá, pues, salvarse? Pero volviéndose Jesus hácia ellos, les dixo: Esto es imposible á los hombres; pero á Dios todo le es posible. Sobre lo cual tomando Pedro la palabra, le dixo: He aquí que nosotros hemos dexado todas las cosas, y te hemos seguido: ¿qué habrá, pues, para nosotros? Respondióle Jesus: En verdad os digo, que en la resurrección cuando el Hijo del hombre estará sentado en el trono de su magestad, vosotros que me habeis seguido os sentaréis en doce sillas, y juzgaréis á las doce tribus de Israel; y cualquiera que dexare por mi nombre su casa, sus parientes, y todos sus bienes, recibirá un cien doblado en esta vida, y poseerá despues de élla la vida eterna.

Habla aquí Jesucristo de su última venida, segun la idea que tenían los judíos del reyno del Mesías, al que esperaban como á un rey poderoso que habia de volver á la nación su primer lustre y magnificencia; por eso Jesucristo se representa á sí mismo sobre un trono, y establece á los apóstoles los principales de su corte. Solo hace mención de las doce tribus, porque en ellas se encerraba toda la nación; y baxo esta nación entiende el Señor todos los hombres, así como por el cien doblado, aun en esta vida, entiende aquella paz del alma que es sobre los sentidos, aquellas consolaciones interiores, aquellas bendiciones espirituales y aun temporales de que son colmados los que habiéndolo dexado todo por Dios, si-

guen á Jesucristo, y viven segun su espíritu, sus consejos y sus máximas.

Como el número de los que creían en Jesucristo se aumentaba cada dia, la envidia y el odio de los sacerdotes, de los escribas y fariseos se inflamaba mas y mas cada dia. Habiendo ido el Salvador al templo, la tomaron otra vez con él los fariseos; pero bien presto quedaron confundidos (*Joan. 8*). Habiendo dicho Jesus que él era la luz del mundo, y que los que le siguen caminan siempre con la luz y de dia, le dixéron los fariseos: Tú das testimonio de ti mismo; y así tu testimonio no debe ser recibido. Respondióles Jesus: Aunque yo doy testimonio de mí, mi testimonio es legitimo, porque yo sé de dónde he venido, y á dónde voy; pero vosotros no sabeis ni de dónde he venido, ni á dónde voy: vosotros juzgais segun la carne; es decir, vosotros no consultais sino las apariencias: vosotros no dais oidos sino á vuestras pasiones en el juicio que haceis, y en el testimonio que dais de los otros. Yo doy testimonio de mí mismo, porque sé quién soy, y porque mi Padre, que me ha enviado, da tambien testimonio de mí por mis milagros, y por el poder que me da para hacerlos en confirmacion de la verdad de mis palabras. ¿Dónde está tu Padre, le dixéron entonces los fariseos. Ni sabeis quién soy yo, ni quién es mi Padre, les respondió Jesus: si supiérais quién soy yo, si quisiérais rendiros á las pruebas que os doy de mi divinidad, sabríais tambien quién es mi Padre, y dónde está.

Hizo el Salvador esta declaracion de su divinidad en presencia de todo el pueblo, en aquella parte del templo la mas frecuentada, donde estaban puestas diferentes sillas ó tronos para recibir las ofrendas del pueblo, y que por tanto se llamaba el gazofilacio, ó la tesorería. Los escribas y fariseos bien hubieran querido prenderle; pero no hubo quien se atreviese á poner en él la mano, dice el Evangelista, porque no habia venido aún el tiempo destinado por él para su pasion.

§. XXXVI.

Da Jesucristo testimonio de su divinidad.

Algunos dias despues les predixo el Salvador su infeliz destino por causa de su obstinada incredulidad, y les dixo: *Yo me voy, y vosotros me buscaréis, y moriréis en vuestro pecado* por no haber querido abrir los ojos á la luz: por no haber querido reconocer en mí al Mesías: si no creéis que soy yo, añadió, ciertamente moriréis en vuestro pecado. ¿Quién eres tú? replicáron los judíos. Respondióles Jesus: *Yo, que os hablo, soy ante todas las cosas.* Como si dixera: yo que os hablo, soy el principio y el criador de todas las cosas: yo soy el que os he dicho que yo era el hijo de Dios: yo soy la luz del mundo, el pan de vida, el Mesías tan ardentemente deseado, y por tanto tiempo esperado. Yo soy el Salvador del mundo. Todavía tengo bastantes cosas que decir de vosotros, y por que condenaros; pero cuando hubiéreis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis quién soy, y sabreis que siempre os he dicho la verdad. Habla aquí Jesucristo de su muerte de cruz: despues de mi muerte, les dixo, conoceréis que soy Dios, que en todo cuanto hago obro de concierto con mi Padre, y que vuestra suma infelicidad será el no haber querido conocer lo que soy.

Hablando Jesus estas cosas, dice el sagrado Historiador, que creyeron muchos en él; y encarándose á ellos el Salvador, les dixo: Si permanecéis firmes en creer lo que os he dicho, seréis efectivamente mis discípulos, conoceréis la verdad, y la verdad os pondrá en libertad. ¿Como nos dices, le replicáron, seréis libres, pues como descendientes que somos de Abrahan nunca hemos sido esclavos? Replicóles Jesus: Sabed que el que peca es esclavo del pecado: si vosotros sois hijos de Abrahan, haced obras dignas de Abrahan; ¿pero no me direis por qué buscáis cómo quitarme la vida á mí que os he dicho la verdad, la cual he aprendido del mismo Dios? Ciertamente que Abrahan no obró jamás de esta suerte. Al oír esto algunos del auditorio, le dixéron: Nosotros no tene-

mos sino un padre, que es Dios. Si Dios fuera vuestro padre, replicó Jesus, sin duda me amaríais á mí, porque yo he nacido de Dios, y he venido de él, pues yo no he venido de mí mismo, sino que él es quien me ha enviado; ¿de dónde nace, pues, que vosotros no podeis oír mis palabras, ni penetrar lo que os digo? Vosotros solo creéis lo que os sugiere el padre de la mentira; pero si yo os digo la verdad, no me creéis. ¿Quién de vosotros me acusará de mentira y de pecado? Si os digo, pues, la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es hijo de Dios, oye las palabras de Dios: lo que hace que vosotros no las oigais, es que no sois hijos de Dios. Si alguno obedece á mi palabra, no morirá jamás. Ahora vemos, dixéron los judíos, que tienes el demonio: Abrahan murió, los profetas murieron tambien, y tú dices que si alguno guardare tus palabras, no morirá jamás. ¿Por ventura eres tú mayor que nuestro padre Abrahan? Vuestro padre Abrahan, replicó Jesus, tuvo grandes deseos de ver el dia de mi venida; vióle, y se alegró mucho. ¿Cómo? dixéron los judíos; ¿aún no tienes cincuenta años, y has visto á nuestro padre Abrahan? Respondióles Jesus: En verdad, en verdad os digo, que soy ántes que Abrahan naciera. Esta confesion les chocó, y les irritó contra él, de modo, que cogieron piedras para tirárselas; pero Jesus se escondió; es decir, se hizo invisible, y así pasó por medio de ellos, y se salió del templo, escapándose por entonces del furor de sus enemigos, para entregarse él mismo á toda su rabia cuando el tiempo de padecer hubiere llegado.

Pero uno de los milagros del Salvador que hizo mas ruido, fue cuando dió vista á un hombre que habia nacido ciego: los fariseos se valiéron de todos sus artificios para quitarle la gloria que de él le resultaba, ó á lo menos para obscurecerla.

§. XXXVII.

Jesucristo da vista á un ciego de nacimiento.

Pasando Jesus, vió á un hombre que habia nacido ciego; era esto un dia de sábado: preguntáronle sus discipulos, si aquel hombre habia nacido ciego en castigo de su pecado, ú del de sus padres. Ni uno ni otro, respondió el Salvador, sino que Dios lo ha permitido así para hacer ostension de su omnipotencia, y manifestar por medio de un milagro la gloria de su Hijo. Miétras que estoy en el mundo, añadió el Señor, soy la luz del mundo: para saber quién soy no es menester sino abrir los ojos, y ver las obras que hago: dicho esto, escupió en la tierra; y habiendo hecho un barro de la tierra y su saliva, le frotó con él los ojos al ciego, y le dixo: Anda á lavarte al baño de Siloe, que significa el enviado: este baño era un depósito de las aguas de una fuente que corría á la falda del monte Sion. Como el nombre de Siloe, ú de enviado es uno de los nombres que da la Escritura al Mesías, es claro que no fue sin misterio el enviar el Señor al ciego á aquella fuente; sin duda sería para enseñarle que él es el que nos reengendra en las aguas del bautismo, y el que cura con su gracia nuestra ceguedad espiritual. Obedece el ciego sin dilacion; y apénas se hubo lavado los ojos, cuando vió claramente. Esta fuente que sale del monte Sion en Jerusalem, se ve todavía; y se dice que los turcos van á lavarse en sus aguas para sanar del mal de ojos (*Joan. 9.*).

Un prodigio tan estupendo hizo gran ruido. El ciego, que pedía limosna á la puerta del templo, era conocido de bastantes gentes: muchos no querian creer que fuese el mismo; pero él decía á todo el mundo: Yo soy, no lo dudeis; y contaba en alta voz como aquel hombre llamado Jesus le habia dado vista. Los fariseos fuéron bien presto avisados de lo que pasaba: presentáronles el que hacia lá admiracion de todo el pueblo: preguntáronle, y le repreguntáron hasta querer saber de él la menores circunstancias de lo que habia pasado. Era sábado cuando Jesus

hizo el milagro; lo que hizo decir á algunos de los fariseos: este hombre que no guarda el sábado, no viene de parte de Dios; pero los otros no podían persuadirse á que un hombre malo pudiese haber hecho un prodigio tan grande, y sobre esto habia entre ellos una gran disputa. Preguntáronle al ciego, ¿qué era lo que pensaba él de aquel hombre que le habia dado vista? Por lo que á mí toca, respondió, creo que es un gran santo, que es enviado de Dios, que es un profeta.

La confesion del ciego, y la admiracion del pueblo los inquietaba demasiado, y se resolvieron á no creer nada, hasta que hubiesen hecho venir á sus padres. Habiéndose presentado el padre y la madre, les dixéron: ¿Es vuestro hijo ese que decís que ha nacido ciego? ¿Cómo ve ahora? Ellos, que temian á los príncipes del pueblo, y sabian la resolución que habian tomado de echar de la sinagoga y excomulgar á cualquiera que reconociese á Jesus por el Cristo, respondieron solamente: Nosotros sabemos muy bien que éste es nuestro hijo, y que nació ciego; pero cómo ve ahora, ni quién le haya abierto los ojos, no lo sabemos; preguntádselo á él, que edad tiene para decir por sí lo que hay en esto. Los judíos hicieron venir á su presencia por la segunda vez al que habia nacido ciego, y le dixéron: Da gloria á Dios (se servian de esta fórmula los judíos cuando hacian jurar á alguno, y cuando le obligaban á poner á Dios por testigo de que diria la verdad); dixéronle, pues: da gloria á Dios; sabemos que este hombre es un pecador, un mal hombre. Si es malo ó bueno yo no lo sé, respondió el que habia sido ciego; lo que sé es, que yo estaba ciego, y ahora veo. Preguntáronle de nuevo, ¿como le habia dado vista? Y él les respondió: Ya os lo he dicho, y lo habeis oido; ¿á que fin queréis que os lo vuelva á decir? ¿Por ventura queréis tambien vosotros ser sus discípulos? Al oír esto se arrebatáron de cólera contra él; y maldiciéndole, le dixéron: Sé tú discípulo suyo: nosotros somos discípulos de Moyses: sabemos que Dios ha hablado á Moyses; pero éste no sabemos de dónde es.

Lo admirable que tiene, replicó el que habia sido ciego, es que no sepais de dónde viene, ni quién es, y que no obstante esto haya abierto mis ojos, y me haya da-

do vista. Sabemos que Dios no oye á los pecadores; pero si alguno sirve á Dios y le obedece, á éste es á quien Dios oye. Desde el principio de los siglos no se ha oido decir que ninguno haya abierto los ojos á un ciego de nacimiento; si éste no viniera de parte de Dios, no pudiera hacer nada de lo que hace.

Una respuesta tan prudente los puso todavía de mal humor: Tú no eres sino pecador desde el vientre de tu madre, le dixéron, y quieres hacer de doctor, y enseñarnos; y con esto le echáron de allí. Habiendo sabido Jesus que le habian echado fuera, y habiéndole encontrado, le dixo: ¿Crees en el Hijo de Dios? ¿Y quién es, Señor, respondió; quién es el Hijo de Dios para que yo crea en él? Díxole entonces Jesus: Le has visto, y es el mismo que habla contigo. Entonces exclamó aquel hombre: Creo, Señor; y postrándose á sus pies, le adoró. Entonces el Salvador, dirigiendo la palabra á todos los circunstantes, dixo: He venido al mundo para hacer justicia; como si dixera, para manifestar un secreto impenetrable de la divina Providencia, que aunque espantoso, no dexa de ser justo, pues se funda en el endurecimiento voluntario de los malos. He venido para que los que son ciegos, vean; y para que los que ven, queden ciegos. Los gentiles que están en tinieblas, abrirán un día los ojos á la luz; y los judíos, que por todas partes están rodeados de luces, cerrarán los ojos, y vivirán en una noche sombría. Los sacerdotes, los fariseos, y los doctores de la ley, que están dotados de tantas luces, estarán ciegos en medio de sus mismas luces; y los mas sencillos de entre el pueblo, que tienen un corazon recto y un espíritu mas dócil, serán alumbrados de la luz de la fe y de la verdad.

El juicio que dice Jesus viene hacer, y la justicia que viene á exercer, se toma aquí por la condenacion que hace Jesucristo de los judíos presuntuosos y endurecidos y por la gracia que hace á los gentiles de llamarlos á la Iglesia, mientras que los judíos serán excluidos de ella por su orgullo y su presuntuosa incredulidad. Así lo habian predicho, hablando del Mesías, Jeremías, Isaías y el santo viejo Simeon. Comprendieron muy bien los fariseos que esta terrible amenaza hablaba con ellos; y en

despique, le dixéron: Qué, ¿somos nosotros ciegos? Si fuéseis ciegos, les respondió el Salvador, estaríais sin pecado; pero pues decís que veis claramente, vuestro pecado subsiste: las mismas luces y la ciencia que os lisonjeais tener, hacen vuestra condenacion, y la quitan toda excusa á vuestra infidelidad. Fué como decirles, en sentir de san Agustin: Si vosotros conociérais que sois ciegos, recurriría al médico; pero permanecéis pecadores, porque siendo sábios y santos á vuestros propios ojos, no creéis tener necesidad de nadie que os alumbre y os santifique.

§. XXXVIII.

La parábola del buen pastor es un nuevo testimonio de su divinidad.

Habiendo confundido el Salvador la necia vanidad de estos soberbios que se metían á directores de los otros, viviendo ellos mismos en una tan lastimosa ceguedad, les propuso, baxo la parábola del pastor y de las ovejas, los tres diversos caractéres de tres suertes de personas que se entrometen en el gobierno de las almas (Joan. 10.). Les dixo, pues, que algunos en lugar de entrar en el redil por la puerta, como el verdadero pastor, entran por algun agujero, ó por otras partes, como los ladrones para hurtar, degollar y perder; y les explicó este enigma, diciéndoles: que él era la puerta por donde se debe entrar á conducir el rebaño. Representanos al mismo tiempo la Iglesia como un redil, en el cual no se puede entrar sino por él; y á los fieles como unas ovejas de que él es el padre y el pastor.

Hay otros, añadió, que habiendo entrado por la puerta, conducen las ovejas con un espíritu de mercenario; de suerte, que amándose únicamente á sí mismos, las abandonan luego que ven el lobo. Finalmente, hay pastores buenos y legítimos que entran á la verdad por la puerta haciendo que el portero les abra; conocen á las ovejas; y las ovejas los conocen á ellos por la voz: éstos tienen gran cuidado de ellas, las conducen á los buenos pastos, y las aman hasta exponer su vida por ellas

cuando se ofrece la ocasion. Todas las calidades de estos últimos se las aplicó el Salvador á sí mismo, é hizo ver que él era el buen pastor por excelencia, pues habia venido á dar su vida por sus ovejas, y á darla de muy buena gana, pues nadie se la podia quitar si él no queria; y cuando la hubiere dado, él mismo la volverá á tomar sin que nadie se lo pueda embarazar. Dixo, en fin, que los que habian venido antes que él, y se habian atribuido la autoridad y el nombre del Mesías, no lo eran, pues no tenían ninguna de las calidades del buen pastor; que por lo demas, los judíos no eran las únicas ovejas por que queria dar su vida; que habia otros, es á saber, los gentiles, que era necesario traer á su redil; y que de todos los que oirían su voz, y creerían en él, así judíos como gentiles, se haría un solo rebaño, de que él mismo sería el único pastor.

Este razonamiento del Salvador excitó una nueva division entre sus oyentes: unos decían que estaba poseido del demonio, otros defendían que el razonamiento que acababa de hacer no era de quien estaba endemoniado, y que el demonio no abría los ojos de los ciegos de nacimiento, ni expelia á los otros demonios de los cuerpos de los endemoniados.

Poco tiempo despues, miéntras la solemnidad de la renovacion del templo que se celebraba en invierno, paseándose Jesus en el pórtico de Salomon, se juntaron los judíos alrededor de él, y le dixéron: ¿Hasta cuándo nos has de tener suspensos? Si eres Cristo, dínoslo claramente. Ha mucho tiempo, que os hablo, les dixo, y no me creéis: las cosas que hago en el nombre de mi Padre, os dicen con bastante claridad quién soy; pero vosotros no creéis ni á mis palabras, ni á mis obras: lo que mi Padre me ha dado, es sobre todas las cosas, y ninguno puede arrebatarme nada de entre las manos. Estas palabras las entienden los santos padres de la naturaleza y del poder divino que el Padre da al Hijo por su generacion eterna; y como los judíos le habian pedido al Salvador que les dixese claramente si era el Hijo de Dios, y si era Dios, les responde sin rodeos, diciéndoles: *Mi Padre y yo somos una misma cosa* (Joan. 10.). una misma naturaleza, una misma esencia; tenemos un mismo poder, una misma sabiduría, una misma eternidad, y